

Necrología

de

D. José M. Rodríguez Carballo

1908



otables son las sesiones que celebra esta Real Academia, en donde las ciencias y las artes se dan un fuerte y fraternal abrazo; centro, dó los principios que integran la belleza en sus diferentes aspectos, tiene su Trono, disputándose a porfía su asiento los amantes de lo Bello; empero yo tengo para mi, que no menos notables deben considerarse las sesiones destinadas a rendir un homenaje de intenso y sentido recuerdo a los señores Académicos fallecidos.

Así pues, conforme a los deseos de esta Real Academia, ofrecíme a escribir la Necrología que va a ocupar vuestra atención, no solo para corresponder a tal inmerecido honor, sino por cuanto ello me proporciona el medio de poder hablar de un Académico a quien quise siempre con toda mi alma.

Debo manifestaros, no obstante, que en los momentos presentes, me siento acobardado por el justo temor de que no pueda corresponder como quisiera al deber que contraigo en recordaros con el respeto y consideración debida al digno e inolvidable D. José M^a Rodríguez Carballo; uno de los académicos fallecidos; uno de mis maestros más queridos; mas vosotros, señores Académicos, guiados sin duda por vuestra generosidad y nobleza de ánimo, quisisteis que yo fuese el encargado de la presente Necrología, y culpa vuestra será si mi peroración os disgusta o fatiga, ya que de mí solo podéis esperar una descripción incorrecta, escrita en estilo llano y sin artificio. Con todo, debo repetir que, aparte de mi temor en no poder corresponder a tan alta misión, pláceme el levantar la voz en este centro tan respetable para pregonar las excelencias de uno de los académicos de reputación científica mejor adquirida y que por desgracia henos perdido para siempre.

I

Antes de proporcionaros los datos que avaloran los méritos de mi biografiado, supongo me permitiréis, señores, que os manifieste algo en relación con el fin del presente acto solemne que celebra esta Real Academia.

Vosotros, señores Académicos, ya sabéis que al fijar la atención en ese cuadro sublime de la naturaleza, solo alcanzamos descubrir en ella un trabajo continuo de composición y descomposición: los elementos cósmicos primordiales del Universo se combinan entre si para dar origen a lo que se designa bajo los nombres de mineral, vegetal y animal, operándose luego, dentro de ciertos límites de tiempo, la consiguiente descomposición, a fin de que los elementos vuelvan a su primitivo estado, continuando estos cambios indefinidamente: sello propio de lo que constituye la parte material de la creación; así se describen ciclos o curvas cerradas sin soluciones de continuidad; oleaje permanente; movimiento vertiginoso sin descanso alguno.

Así las generaciones nacen y mueren; por esto, desgraciadamente, hemos de renunciar a los nuevos frutos que podían esperarse aun, si la muerte no hubiese cortado el hilo de su existencia, de las privilegiadas inteligencias de un Newton, de un Leibnitz, de un Lavoisier, dentro de las ciencias, así como de las nuevas sublimes creaciones dentro del arte, de un Murillo, de un Hamilton, de un Beethoven, de un Wagner ¡Triste condición humana! ¡Sensibles pérdidas para los que sentimos latir nuestro corazón por todo lo bello, bueno y verdadero!

Cierto es que cada nueva generación, como nueva ola, sustituye a la anterior que ha dejado ya de existir; elementos nuevos juveniles y llenos de entusiasmo que llevan la santa misión de aportar fecundos materiales a las Ciencias y Bellas Artes, distendiendo cada vez más su círculo de acción por medio de nuevos conceptos en pro del verdadero progreso, del verdadero avance, del verdadero adelanto y perfección sin límites.

Sin embargo, hay que advertir que la idea del progreso y de lo bueno, no debe hacerse dependiente exclusivamente del avance de los tiempos, pues sabido es que la ley de la variabilidad, se impone en toda época y al través de los siglos.

Por esto quizá al analizar con el escalpelo de la más severa crítica los miembros que componen una corporación como la presente, dejáramos de encontrar, durante su existencia, méritos iguales para todos: ¿mas no basta el poder ostentar el honroso título de Académico para que ello suponga haber realizado un esfuerzo intelectual poco común?

Si, señores Académicos, ¡Cuántas horas de insomnio, de sudor frío, de dejos del alma, no habréis sufrido, a fin de recabar alguna verdad obstrusa, o por la decepción por un *algo* en que antes teníais toda vuestra fe, descubriendo más tarde que ciertos celajes empañaban aquel *algo* que tanto acariciabais!

¡Cuántas veleidades no sufrimos en pro y en contra de los principios que integran nuestra vida científica o artística mientras se extiende el horizonte a nuestro alrededor!

Todos pasamos por esas torturas que nos obligan a envejecer antes de tiempo; todos trabajamos con entusiasmo y sin descanso para arrancar una hoja más del gran libro que encierra los misteriosos secretos de la Creación. Por esto los Académicos que ya no existen, son dignos de estima y respeto por igual, por esto es muy plausible el acuerdo que en su tiempo tomó la Comisión general Directiva de esta Real Academia, para solemnizar el recuerdo de los señores Académicos fallecidos, mediante trabajos necrológicos que oiréis y que de seguro habréis oído ya de labios más autorizados que los míos, bien que no más sentidos por lo que toca a mi, al tratarse hoy de quien quise siempre como mi segundo padre.

No pretendo abusar por mucho tiempo de vuestra indulgente y benévola atención; y en este concepto paso ya a delinearos tan solo los principales méritos y cualidades especiales que adornaban a mi biografiado como estudiante, luego como Catedrático y, por último, como Académico.

II

Nació D. José M^a Rodríguez Carballo y Cebolla, en Madrid el día 11 de abril de 1830, siendo sus padres D. Ramón Rodríguez Carballo e Insausti y doña Concepción Cebolla y Vercher; notoria era en la Corte, la alta alcurnia de tan distinguida familia, pues D. Ramón Rodríguez Carballo ocupó hasta poco después de la muerte de Fernando VII un alto cargo en la Mayordomía Mayor de Palacio, siendo luego Director del Banco de San Fernando y por último subcajero del Banco de España.

Naturalmente que la ilustración del padre, debía reflejarse en su hijo, y por esto mi biografiado empezó su enseñanza oficial a la tierna edad de diez años.

Desde 1840 a 1846 cursó toda la segunda enseñanza; tres años de latinidad en el Colegio de Escuelas Pías de San Antón Abad de Madrid, y tres de filosofía en colegios agregados a la Universidad Central.

Mas con el vivo deseo de ampliar sus conocimientos elementales, en 1849, ingresó, previo un riguroso examen de Matemáticas, dibujo e idioma francés, en la suprimida Escuela Preparatoria para las carreras especiales de Ingenieros de Caminos, Minas y Arquitectura, ganando en 1849 a 1851 los dos años de dicha Escuela con la nota de *Bueno*, por unanimidad, máxima de las que se daban en aquel establecimiento de enseñanza.

Luego, desde 1851 a 1854, siguió y ganó los tres años de la extinguida Escuela normal Industrial, mereciendo siempre uno de los primeros números entre sus compañeros.

Ahí tenéis, en esbozo, señores, los principales datos que señalan los trabajos intelectuales realizados por mi biografiado en los albores de su vida científica; sin duda que ellos dan a comprender ya los ópimos frutos que debían desarrollarse más tarde, de aquella clara inteligencia y de aquellos delicados sentimientos de su corazón; todo lo cual tenía por peana inquebrantable un amor puro y grande hacia la belleza en sus diferentes aspectos; amor sublime que ennoblece al hombre y le hace superior a los demás.

III

Hermoso lapso de tiempo es aquel, en que la inteligencia del estudiante se forma, nutre y fortifica en conocimientos superiores; hermosa primavera de la vida; de sueños dorados; de esperanzas en el porvenir; de ilusiones y de algún tantico de vanidad en alcanzar la *omega* dentro del campo de las ciencias.

Empero, al llegar al fin de la carrera, al poseer un Título, al acercarse a la meta de sus aspiraciones, es cual llegada la estación de otoño, en que la lozanía de los árboles se trueca en tristes ramas sin hojas; preludio de frío; si, de frío en el corazón; tiempo de decepciones y de lucha terrible, sobre todo cuando falta compañerismo entre los de la misma carrera, lo que no deja de ocurrir con demasiada frecuencia.

El período de lucha para D. José M^a Rodríguez Carballo, fue seguramente durante los años 1852 y 1853, en que ejerció los humildes cargos de ayudante segundo y primero en el llamado Real Instituto Industrial.

Afortunadamente, mediante una R.O. del 3 de noviembre de 1854, fue nombrado ya Catedrático interino de Geometría Descriptiva y sus aplicaciones, en el Real Seminario científico industrial de Vergara.

Más convencido mi maestro de que ese destino no afianzaba su posición, pronto comprendió que para abrirse paso, no había más que un camino: la oposición a cátedra, paso terrible, reconocido por todo aquel que se haya honrado con el nobilísimo título de opositor.

Así pues, apoyado en esa idea, después de rigurosas oposiciones celebradas en Madrid, y por haberlas ganado en buena lid, según R.O. de 8 de noviembre en el año 1855, fue nombrado Catedrático de Geometría Descriptiva y sus aplicaciones, en la Escuela Industrial profesional de Barcelona.

Más tarde, por orden del Director de la Escuela, en 1856, nombrósele para ocupar en sustitución la cátedra de Mecánica industrial y construcción de máquinas, cargo que le fue confirmado por R.O. y que desempeñó por espacio de muchos años.

Además, reorganizada dicha Escuela en virtud de otra R.O. de 15 de agosto de 1860, fué encargada la cátedra de Estereotomía de la llamada Escuela Industrial superior de Barcelona.

Y como si todo esto no fuese bastante para absorber la vida de cualquiera, por orden del Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Barcelona, desempeñó durante el curso de 1860 a 1861 la cátedra de Geometría Descriptiva en la Facultad de Ciencias de dicha Universidad, cargo que le fue confirmado también por R.O. en 31 de octubre de 1861 y que ejerció hasta 24 de marzo de 1866.

Durante esta época, o sea en el año 1864, efectuó los ejercicios para tomar el Título de Ingeniero Industrial, siéndole aprobados por unanimidad de votos todos y cada uno de los ejercicios, expidiéndole entonces el correspondiente Título.

Por, fin, desde 1868 a 1870, dio gratuitamente dos cursos de geometría aplicada a las Artes; y al reorganizarse la Escuela Provincial de Artes y Oficios, agregada a la de Ingenieros, se encargó de la clase de Elementos de Geometría Descriptiva y sus aplicaciones.

Mas aparte de tanto trabajo, no dejó nunca de ejercer el pesado cargo de Secretario en la Escuela de Ingenieros Industriales, desde 1856 hasta el curso de 1886 a 1887, cargo que seguramente habría continuado ejerciendo a no haber sido nombrado Catedrático en propiedad de Estereotomía en la Escuela general preparatoria para Ingenieros y Arquitectos de Madrid.

A este punto, podríamos decir que se opera un cambio notable en la vida de mi buen maestro: el destino de su carrera, oblígale dejar a Cataluña para ir a su tierra nativa en donde seguramente debía encontrar recuerdos muy queridos de sus años juveniles.

En virtud de ese cambio, ocupó de 1887 a 1891, la cátedra de Estereotomía en la Escuela general preparatoria de Ingenieros y Arquitectos de Madrid; empero, por supresión de la misma, luego en julio de 1891, fue nombrado Catedrático numerario de Mecánica Racional en la Universidad Central, cátedra que desempeñó hasta 1904, en que pidió la jubilación por encontrarse ya muy enfermo, más al concedérsela fue agraciado con los honores de Jefe Superior de Administración civil, habiendo ejercido además desde 1901, hasta su muerte, el distinguido cargo de Consejero de Instrucción pública.

Y con lo expuesto, doy por terminados los principales méritos de D. José María Rodríguez Carballo, como Catedrático, amén de los cargos honoríficos relacionados con la cátedra, a fin de poder pasar a considerarle, por último, como miembro de esta Real Academia.

I V

Sabedora esta Real Academia de la alta estima de que gozaba D. José María Rodríguez Carballo, dentro de las ciencias, no tardó en llamarle a su seno para que contribuyera a la labor científica que viene constantemente realizando desde su fundación, al aprovechar todos los elementos que considera útiles y fecundos para elevar su nivel.

En este concepto, mi biografiado, fue nombrado Académico numerario con destino a la sección de Ciencias Físico-Matemáticas en 6 de diciembre de 1886, leyendo luego su Memoria de entrada, cuyo lema era «Cuatro palabras acerca de la exactitud en las Ciencias», en 24 de abril de 1867.

Pronto reconoció esta Real Academia, los buenos servicios que podía prestar el exquisito tacto y buen talento del nuevo académico, en varios cargos y asuntos relativos a la misma, y por esto en 29 de octubre de 1868, fue designado para formar parte de una comisión que debía entenderse con al Excm. Diputación, a fin de ver si era factible el establecimiento de cátedras de Doctorado en dicha Real Academia.

Luego en 31 de enero de 1871, fue nombrado Secretario en la sección de Ciencias Físico-Matemáticas; y más tarde en 8 de octubre de 1872, le nombraron Contador, cargo que ejerció otra vez en 1880; por fin, en 19 de noviembre de 1876, llegó a ser elegido Vicepresidente.

A pesar de tantos cargos; aparte de su mucho trabajo en la Escuela, de la opresión de espíritu porque pasaba muchas veces a causa de graves y largas enfermedades ocurridas en su distinguida familia, todo ello no era óbice para impedirle el proporcionar a esta Real Academia trabajos científicos, tales como una Memoria titulada: «Breves consideraciones sobre la variabilidad», leída en 25 de abril de 1872; así como otro trabajo de turno titulado: «La graficidad en Geometría», leído en 30 de abril de 1881.

Hay que admitir, sin embargo, que en donde se manifiesta podríamos decir, de cuerpo entero mi biografiado, es en su Memoria de entrada, por lo cual suplico a los señores que se dignan escucharme, que me permitan transcribir alguno de sus párrafos a fin de poder juzgar mejor de sus relevantes prendas personales y de los profundos conocimientos que poseía dentro de la sana filosofía aplicada a las ciencias. He aquí lo que dice:

«Ah! Pues si curioso y magnífico sería el estudio de la ciencia antigua, en medio de su pobreza y sus errores ¿que no sería, además de admirable y portentoso, el ir siguiendo desde el principio de Bacon paso a paso como cambia la torcida marcha que seguía la Astronomía, como se disiparon muchas de las densas tinieblas que oscurecían el campo de la Física, como nació la verdadera Química, como creció y se desarrolló la Historia natural, como empezaron a vivir vida propia y fuera, digámoslo así, del hogar paterno, la Mecánica, la Descriptiva y tantas otras ramas especiales, marchando al nivel de ellas y nutriéndose muchas veces con su savia y vivificando a la vez con la suya a todos y a todas, las Matemáticas, las grandes compañeras, las mejores amigas de todas las ciencias naturales?»

Después de este magnífico párrafo, añade:

«Pero, como quiera que el espíritu del hombre es pequeño, y por consiguiente vano; que la vanidad es muchas veces compañera inseparable de la pobreza; apenas ha podido penetrar con el desarrollo de la luz divina que en él se agita, y con el auxilio de los sentidos corporales, algo más en ese inmenso mar de los conocimientos de la naturaleza; se ha hinchado de orgullo, ha calificado esas ciencias con el pomposo título de exactas, y creyendo que en ellas no es necesaria la autoridad, ha llegado hasta creer que la razón humana y hasta individual, es el único y exclusivo medio para llegar al conocimiento de la verdad.»

Aquí D. José M^a Rodríguez Carballo, empieza a analizar las Matemáticas y dice: *«¿Se halla definido el espacio? ¿Quién sabe lo que es el tiempo?.....¿y puede denominarse exacta una ciencia cuyas bases no conocemos sino por intuición y no de una manera absoluta?»*

Y luego continúa:

«La exactitud en la legítima acepción de la palabra, es la representación de la verdad viva, de la verdad absoluta, y cuanto llevamos expuesto manifiesta un conocimiento incompleto de la verdad, único que el hombre puede llegar a poseer mientras esté asimilado a la materia corpórea»

Así termina mi biografiado el estudio de la ciencia especulativa, al concretarse a la matemática.

Ahora, si fuese a ocuparme de la segunda parte de la Memoria citada, que trata también de las ciencias de experimentación, mucho tendría que decir, pero a fin de no prolongar demasiado esta Necrología, voy a reproducir tan solo uno de los párrafos que considero más salientes, el cual dice así:

«¿Que cabeza no se abate y deja de considerar cuán difícil, por no decir imposible, es el llegar a la exactitud apetecida?

« La última exigencia que hemos proclamado, la de la perfección de los sentidos y del estado de éstos, desanima y anonada completamente. Se ha olvidado que nuestros sentidos son falaces en extremo: supongamos perfecto, perfectísimo el de la visión, pues bien, con él no veremos la realidad de las cosas; nosotros no vemos más que perspectivas y únicamente perspectivas, y éstas no completamente lineales o geométricas, sino complicadas, complicadísimas, y que necesitarían y muchas veces exigen correcciones de la mayor importancia, siquiera en otros casos éstas sean facilísimas o despreciables y podamos llegar a la realidad o a la verdad del fenómeno sencillamente».

Supongo, Señores, que comprenderéis fácilmente por los notables párrafos que encierra la Memoria de entrada de nuestro malogrado académico D. José M^a Rodríguez Carballo, que este no rechazaba en un todo el calificativo de exactas que se concede a muchas ciencias, solo que él lo admitía en sentido relativo y no absoluto, tal como precisa considerarlo a fin de evitar de esta suerte que el hombre se enorgullezca al no respetar los límites naturales que el Señor ha impuesto a la inteligencia humana, y que de no respetarlos es llevado, aun inconscientemente, hacia el mal, y por ende al error dentro de las ciencias.

V

He aquí, Señores, los principales datos que dan justa apreciación del distinguido académico que hemos perdido para siempre; modelo de hombre honrado el *leader* de los ingenieros industriales; el maestro de muchos de los maestros e ingenieros actuales. Verdad es que si fuésemos a juzgarle por sus obras dadas a luz, no faltara quizá quien le restara méritos de los que se consignan en la presente Necrología; empero yo entiendo que al hombre científico no debe juzgársele solo por sus escritos, sino por los conocimientos que realmente posee, pues ¿quién ignora que el pensar demasiado puede ser terrible traba para darse al público? En confirmación de este aserto, basta recordar las discusiones que existen actualmente al pretender hacer desaparecer, por ejemplo, de la Mecánica, las palabras: materia, fuerza, energía, etc., palabras en que hasta hoy se ha basado dicha Mecánica; el Éter, ya es poco para el físico, pues éste tiende a generalizar más y más ese *algo* que con tanto afán busca sin descanso; fundamento de lo que se designa bajo el nombre de materia; la célebre diferencial de Leibnitz, origina discusiones y protestas entre los matemáticos a pesar de que ella sea la palanca mas poderosa del análisis; los conceptos racionales de la Geometría, traspasaron ya las fronteras de lo real, pretendiendo los geómetras seguir a los analistas, por medio del hiperespacio y socavando hasta el célebre postulado de Euclides.

Quizá por esto el buen talento de mi biografiado, le impuso silencio, impidiéndole dar una obra más al mundo, en medio del vértigo que existe en escribir, vomitando a diario la prensa, catálogos voluminosos, los cuales contienen multitud de obras científicas.

En cambio D. José M^a Rodríguez Carballo, reunía una condición admirable que pocos poseen, pues siempre que se le pedía su opinión acerca de alguna obra de provecho, tenía el buen acierto en señalar la mejor de todas por su fondo y claridad, y ciertamente que esto no lo logra sino quien ha leído mucho, hallándose al corriente del movimiento científico.

Puede que haya también quien pretenda restarle méritos por no haberse dado a conocer en grandes obras de ingeniería, por más que no dejó de intervenir como Ingeniero en Barcelona y Madrid, en algunos trabajos de esta índole.

A este punto voy a permitirme la libertad de manifestaros mi parecer respecto a lo que considero pertinente al caso.

Sin duda que nadie ignora que no es fácil, o posible, encontrar reunidas en un mismo individuo, la teoría y la práctica en su más alto grado; no parece sino que se establezca una lucha constante entre esos dos elementos, a la vez como si cada hombre estuviese dotado de una cantidad de energía total, de modo que cuando la cinética gane, pierda la potencial en igual cantidad, o al contrario: sumados de la energía total, representantes respectivamente de los dos elementos: teórico y práctico.

En efecto, sabido es, por ejemplo, que no siempre los astrónomos eminentes, son los más aptos para las prácticas que requiere un buen observatorio: el mismo Edison quizá no diera en resolver una integral que con suma facilidad halla un alumno regular de la Facultad de Ciencias.

En una palabra, hay que admitir que el círculo en donde puede moverse el hombre es bastante reducido, y según sean sus aficiones o elementos que le rodean, lo impulsan a un lado u otro, esto es, hacia la teoría o hacia la práctica. Locura, pues, fuera pretender al que se dedica a la ciencia abstracta, que fuese un gran práctico de la misma: ni es de esperar, por otra parte, que el hombre práctico sepa apreciar debidamente las maravillosas concepciones de un Abel y de un Jacobi.

No cabe duda, Señores, D. José M^a Rodríguez Carballo, fue más teórico que práctico y en este concepto se le debe admirar; él había nacido, sobre todo, para la Cátedra; maestro insigne que sabía transmitir los conocimientos científicos, con suma facilidad y método didáctico; siempre con aquella claridad peculiar suya, condiciones indispensables para ser un buen maestro y que por desgracia no reúnen todos los profesores: su explicación sosegada y tranquila, con lenguaje conciso y atrayente, corría parejas con su hermosa y reposada imaginación; nunca se dejaba deslumbrar por teorías nuevas sin conocerlas a fondo; nunca podríamos decir con cierto escritor, la *loca de la casa* hizo en él de las suyas, por estar la razón echando la siesta.

Sin duda que estas relevantes cualidades fueron causa de los honoríficos cargos que alcanzó, debiendo añadir a los ya mencionados, otros aún de alta estima, tales, por ejemplo, el haber sido Presidente de la Asociación de Ingenieros Industriales por espacio de cuatro años; Presidente de la Asociación de Católicos de Barcelona, etc. etc.

Así, después de ocupar por último una cátedra en el primer centro docente de España, entregó su alma a Dios en 14 de agosto de 1905, allá mismo donde había nacido.

Como muestra de la mucha consideración y respeto de que gozaba en La Corte nuestro inolvidable Académico, basta recordar que los Excelentísimos e Ilmos. Sres. Ministro y Director de Instrucción pública, Rector y Claustro de Profesores de la Universidad Central, etc., asistieron al luctuoso acto de su entierro.

Por fin, séame permitido, señores, que deposite, siquiera sea en pensamiento, una lágrima al pie de la tumba de mi antiguo maestro; y al asociarme al sentimiento que podáis experimentar en estos momentos por tan sensible e irreparable pérdida, espero y deseo a la par con toda mi alma que los desvelos y sacrificios en bien de la enseñanza, que siempre demostró aquel modelo de profesor, se hallen compensados por el recuerdo imperecedero de todos sus buenos alumnos, los cuales quedan obligados a dejar en buen lugar su nombre, contribuyendo al progreso de la Ciencia en nuestra amada y querida Patria.

Barcelona, 28 Noviembre de 1908

Lauro Clariana Ricart